



JOYAS
OJOS EXPERIMENTADOS

J. Alexander M.R.

JOYAS
OJOS EXPERIMENTADOS



Primera edición: diciembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© J. Alexander M. R.

ISBN: 978-84-18544-72-9

ISBN digital: 978-84-18544-73-6

Depósito legal: M-31494-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Sangre corre sin detenerse, se mezcla con cada esencia.
A los experimentos que muestran irreverencia.*

PRÓLOGO

La tormenta no cesaba y con cada segundo parecía hacerse más imponente. Entre esa, el hombre afanado decidió atravesarla únicamente con la idea de llegar lo más pronto posible a su casa, donde su esposa en muy mal estado de salud recién había parido su primer hijo. La próxima medianoche y la insaciable lluvia hicieron que cualquier vehículo y cualquier otra persona escaseara en las calles, mientras el hombre empeñado, impulsado por la angustia, no desistió en moverse entre la oscurecida ciudad en cuanto se cubría todo el cuerpo con su gabán. El paso del tiempo lo llevaba a desesperarse cada vez más.

Tres veces intentó detener algún vehículo para que lo llevarán hasta su hogar, pero ocupados o fuera de servicio, esos continuaban su camino y lo dejaban atrás.

Hubo algo que lo distrajo, tal vez una presencia detrás, un murmullo, una silueta, una sombra, supo que entre la noche se movía algo más. Sin darse tiempo para esperar un servicio de un auto se dirigió a la parada de autobús más cercana, en cuanto a la par, tal como lo sintió, la anormalidad no se ocultó. Al final de la calle, a sus espaldas, los ojos de una mujer lo enfocaban sin cese, daban la impresión de analizarlo, de acecharlo y de encerrarlo. El hombre agilizó los pasos, pero fue demasiado tarde, justo por donde doblaría la calle apareció una segunda mujer que se le cruzó directamente en su camino. La intención fue bastante clara. El hombre nervioso se retractó, recordó que justo en la mitad de la calle había una callejuela para burlar el encierro, no disimuló su huida y rápidos pasos permitieron su retiro.

A punto de salir por la callejuela vio atrás, de inmediato verificó el propósito de aquellas dos, juntas en el extremo que él dejaba atrás. Sin embargo, el miedo no lo llevó a la salida, al contrario, lo llevó al engaño del encierro. Esta vez fue otro hombre quién lo detuvo, sus magnitudes imponentes, de casi dos metros de alto y lo suficientemente robusto como para de inmediato intimidar al hu-yente. Hubo un relámpago, el pliegue de unas masas en la espalda del nuevo participante de la emboscada, la carencia de claridad de cualquier rostro... y un gemido sutil pero profundo.

Solo una mujer fue testigo, ella tuvo el impulso de intervenir, de evitar el desafortunado final de aquel; pero fuera de la callejuela, inútil no podía ponerse en tal riesgo. Ella lo sabía, todo pasado marcaría futuro.

OJOS

Andrés Jäger

ATENCIONES

Andrés...

Jäger, el apellido que me ataba.

Es difícil encontrar seguridad en la vida al ser difusa la existencia del destino, puesto que lo predicho puede llegar a ser lo no anhelado; a tal punto que considero la validez de algo muy diferente a hechos sentenciados. Es preferible la existencia de lo caótico, lo impreciso, lo indefinido, lo variable por cualquier acción, sin negar que tal caos igualmente es responsable de inculcar temores, pero también podría tener la esencia de un destino, de un conjunto de hechos totalmente definidos; entonces, a decir verdad ¿podría ser que cualquier mínima acción estuviera predicha con tal exactitud que en lo imperceptible no variara?, ¿sin que ninguna acción se saliera de control?, ¿sin que mis manos escribieran nada? No, respondía. La diversidad del resultado se basaba en actos impuestos sobre mis manos, dudaba que las consideraciones estuvieran definidas y los resultados no pudieran ser alterados.

Consciente de lo que se me venía por delante, hace algunos meses graduado y con un poco más de un mes siendo legalmente mayor de edad, buscaba la oportunidad para saciar la responsabilidad impuesta por mi voz de ayudar a mi madre a comprar casa propia y a su vez, a tener los medios para iniciar mis estudios universitarios, sin dejar a un lado lo lógico, la manutención en esos; mientras la vida año tras año se hacía más costosa.

Con el apellido de mi padre, muy poco común, Jäger, el origen se basaba en la llegada de mi bisabuelo de Alemania durante la segunda guerra mundial, después de perder mucho dinero en inversiones nunca retribuidas. Todos conocen que llegó algo viejo, salvo ello no le impidió tener una relación que a final de cuentas permitió la conservación del apellido, aquel me obligaba a recordar a mi padre, murió cuando yo tenía ocho años, asesinado por razones desconocidas, aunque dicha confesión de causa la obtuve hasta los catorce años por palabras de mi madre, mientras, no lo sabía, conocía la mentira de la muerte por razones naturales. Recordaba poco de lo que pasó aquel día para que mi padre no volviera a casa, para que cada mañana al abrir los ojos únicamente encontrara una fotografía en la que yo sobre las piernas de él, estábamos bajo un árbol esperando a que escampara, una idea bastante riesgosa al considerar la realidad en una tormenta.

A la par de la madrugada inicié el día, con el primer acto de ponerme la almohada sobre la cabeza en busca de cortar el ruido del despertador. Vivía a más de una hora del nororiente de la ciudad, a donde afanado iría a una entrevista para una vacante como auxiliar de oficina tras haber terminado mi técnico en archivo. Estaba decidido a algún día salir del lugar en el que vivía, los sitios en ese me llevaban a los pocos recuerdos que tenía de mi padre, corriendo en cuanto jugaba conmigo, basados en disfrutar el momento sin importar el futuro, siquiera el cercano. Sin embargo, el no costoso arriendo en medida al buen espacio que teníamos, las condiciones de la casa, el barrio seguro en comparación al resto de la ciudad y la cercanía entre los arrendadores y mi madre, eran puntos que mantenían bastante firme el contrato para continuar en la casa de dos pisos, testigo de la estadía y la desaparición de la presencia de mi padre. Despertaba bastante pensativo, silencié la alarma mientras diferencié los pasos de mi madre por el pasillo. Un tanto ahogado en recuerdos y en suposiciones me refregué los ojos; no me gustaba sentir apegó a eventos pasados, pero tampoco a los imaginarios de lo que sería la relación con mi padre, alteraba los pensamientos.

La mayor parte del tiempo la casa permanecía desordenada, pues mi madre, Rosa, trabajaba como responsable de mantener en orden las tareas domésticas para una familia en una de las zonas costosas de la ciudad, cerca de donde yo iría durante el día. Hasta el momento todos los intentos para conseguir un empleo no habían dado resultado. La idea de que el día terminara no muy diferente a los anteriores, me llevó a tal punto de sentirme un poco molesto, estúpidamente me opacó la intención de salir. Al final, solo fue cuestión de quitarme las cobijas, ir al baño y hacer lo necesario para estar listo lo antes posible, bloqueé cualquier otra idea.

Mi madre, como la mayoría de los días, sirvió el desayuno, después de ello se afanó cuando la hora adecuada de salir se le pospuso más de diez minutos. Entre tanto, terminé de comer y, por último, tomé mi abrigo sobre un viejo sofá no muy bien aseado en la sala que día tras día, cosas que quedaban allí hacían más difícil moverse dentro esta.

—¡Nos vemos en la noche! —grité a mamá cuando tomé la manecilla de la puerta principal, giré y abrí. Quizá más adelante nos encontraríamos en el paradero si es que el bus demoraba.

Mientras salía de casa me ponía el abrigo, caminaba rápido para alcanzar a llegar a la parada del autobús, al ver la hora no demoraría en pasar; los autobuses llevaban una diferencia de quince minutos uno del otro. Muchas eran las personas que se acumulaban en el paradero, pues el sistema de transporte no era suficiente ni eficiente para la gran ciudad.

Distraído, mientras avanzaba por el trazo de piedras que conectaba la casa con el resto de la calle, atento a que los brazos me encajaran en las mangas del abrigo, el brazo izquierdo entró, giré el rostro a la derecha para ver con precisión que el otro también lo hiciera, sin dejar caer la maleta. A tal grado de concentración, con la longitud y la rapidez de los pasos, sin ser consciente, llegué a la acera; una chica dio un paso que la posicionó en el mismo punto donde también yo pretendía estar, chocamos de tal manera que uno retrocedió a la fuerza del otro.

—Lo lamento —reaccioné de inmediato en cuanto el brazo derecho me terminó de encajar.

—No te preocupes —sin caer ella retomó el equilibrio; me vio a los ojos, pero también se fijó en la fachada de la casa a mi espalda, extraña fue su expresión al igual que el tiempo que tomó en frente de mí.

La miré al rostro, sus ojos color avellana, enmarcados por un brillo gracias a la luz del día; su estatura no muy diferente a la mía, de aproximadamente un metro setenta; su vestimenta se basaba en una lycra negra y un buzo cuello tortuga color blanco, aquella se ejercitaba, trotaba. El rostro en mayor medida detallado no se quedó atrás, estudiado en solo segundos, sus ojos una vez más... por un momento intimidado... extraños. Ella fue testigo de la manera como la veía y el gesto de duda en su rostro me obligó a evadir lo que sentí. Finalicé con su cabellera castaña y color de piel trigüeño. Una sonrisa muy conveniente para su rostro, viéndola, sonreí como excusa a que le incomodara.

—Discúlpame. Me ponía el abrigo —me sentí forzado a añadir a la prolongada situación, cuando tiempos de clima frío pasaba la ciudad.

—No hay problema —ella centró mayormente su atención en lo que hubiera atrás de mí, seguido por una leve sonrisa de parte de cada uno, la aceptación de las excusas fue clara—, tengo que irme —la chica volvió a lo suyo, siguió su troté.

—De verdad lo lamento —añadí a su retiro.

Por más de cuatro segundos vigilé su camino, hasta que de nuevo estuve en mí, moví los hombros hacia adelante para terminar de posicionar el abrigo negro. Aunque los ojos de la chica... su mirada... algo que... creo, me hizo sentir extraño. Quizá superstición y simples nervios a su reacción, fue la razón final con la que contrarresté. Me forcé a escapar de la sensación y miré por última vez atrás, donde encontré la fachada de casa, sin duda mamá corría de un lado a otro para tomar maquillaje con el fin de guardarlo en el morral del día a día; recordaba, la chica había centrado sus ojos

en esa..., en cuanto a un por qué, no lo supe, no supuse. La fachada era agradable y recordé el no costoso arriendo; siempre que escuchaba las conversaciones entre mi madre y los arrendadores, hablaban de que preferían dejar la propiedad a una persona de confianza, ese bien sin ser el único que tenían para ganar dinero. Después, me retumbó la idea de dar con un empleo, yo no me sentía en edad para permitir que mi madre tuviera todas las responsabilidades.

Ya en la parada del autobús, a tres calles de casa, la cantidad de personas era mayor a doce, como siempre en los días laborales. Faltaban aproximadamente siete, cinco minutos para que el siguiente autobús llegara, muy seguramente la cantidad de personas para ese entonces se habría duplicado. Sin tener nada más por hacer que esperar, crucé los brazos; si el autobús demoraba posiblemente mamá también llegaría al paradero.

El recuerdo de minutos atrás... la imagen de los ojos de aquella chica... esos... me hicieron sentir extraño. Algo había en la chica, algo... Estuve obligado a volver, el autobús llegó; por los primeros segundos fui indiferente ante el sonido de su motor, pero una anciana vestida con prendas a simple vista formales, tocándome el hombro derecho me llevó a reaccionar. Para ese entonces las más de veinte personas estaban atentas a cuando el autobús abriera las puertas en busca de ir cómodas en el trayecto. Enseguida la gente subió, en algunos puntos entre forcejeos. De reojo miré a la anciana responsable de hacerme reaccionar en cuanto empecé a dar los primeros lentos y cortos pasos. Su estatura menor a la mía por más de quince centímetros, sus ojos grises, ni lo suficientemente oscuros ni claros; una vez más sentí algo, vacío y angustia. No continué. Miré al frente para ascender los tres escalones, después, tras transcurridos segundos las puertas se cerraron.

Una rara sensación quedó atrás de mí, al buscar un por qué, la anciana aún me miraba, de inmediato no dudé la relación de los gestos que yo hubiera hecho al chocar con sus ojos. Me obligué a degradar la importancia. Algo en mí no me hacía sentir del todo cómodo al ver a alguien a los ojos; ordené a mi mente dejarlo de

hacer, entrenándome, vi de reojo varios pares de ojos en el autobús en marcha.

Logré evadirme. Las manos sujetas a los barrotes, con leve fuerza en las piernas, me había encargado de estar erguido. El tráfico, dentro de la normalidad, existía.

Quedaban casi diez personas de pie, yo entre esas; a pocas paradas antes de llegar al punto donde la mayoría bajaba, subió una chica que capturó mi atención, no por su apariencia física, o siquiera sin serlo del todo, lo consiguió por el ambiente con el que venía, fue... la pesadez de su presencia. Subió sin la necesidad de levantar mucho el rostro, con el mentón mayormente inclinado hacia el pecho, una chica que a simple vista no estaría bien. De piel morena muy cerca a ser trigueña, sus ojos oscuros, a tal punto de parecer negros. No superaba mi esturara, ni mucha era la diferencia, el cabello color negro, lo llevaba recogido por una cola de caballo que pasaba a través del agujero posterior de una cachucha roja, la cual por momentos ocultaba facciones de su rostro a raíz de una débil sombra, usaba una chaqueta verde y un jean en lo mínimo ajustado; se veía cansada. Con un morral negro que solo colgaba de su hombro izquierdo. Terminó de ascender y dio más de tres pasos para quedar junto a un barrote vertical, recostó la parte delantera derecha del cuerpo y se organizó un poco el cabello, seguido por apoyar la cabeza. Entre tanto se sintió la fría brisa de fuera del autobús; esa pareciera acompañarla.

Un hombre se puso de pie y le ofreció el puesto a la chica, directamente él enmarcó el estado que ella mostraba con facilidad, además varias personas también la veían. Aquella únicamente con una corta palabra le agradeció, no negándolo; pasó por el frente de una señora sentada, pues el asiento cedido fue uno junto a una ventana. La chica inclinó aún más el mentón hacia el pecho y cerró los ojos, ante mi perspectiva por algunos instantes cubiertos por la cachucha.

Faltaba poco para llegar, el autobús dobló varias calles en tanto diferentes señales de tránsito lo detenían; a menos de cuatro mi-

nutos de la parada de mayor concurrencia, por las ventanas ya era diferenciable el contexto de la zona atestada de oficinas y lugares comerciales.

Distrajo el timbre de un celular, fue el de la chica que hace poco había subido. Intenté verla disimuladamente, así que camuflé la mirada recostando la cabeza sobre el hombro derecho, yo llevaba las manos sosteniéndome de los barrotos. La chica miró la pantalla del teléfono, el gesto dejó en claro el no agrado, frunció las cejas y el peso de sus párpados pareció ser mayor. Antes de responder vio de reojo, le molestaban algunas atenciones y claro dejó que las notaba; retiré el fin directo de la mía, sin embargo, pude continuar viéndola por un débil reflejo en uno de los vidrios del autobús.

Contestó y no fue mucho lo que duró hablando, cuarenta o treinta segundos, entre susurros, el movimiento de sus labios llegó a ser muy leve. Tras colgar, una no muy marcada sonrisa se formó en su rostro, a la vez que limpió humedad de sus ojos, seguido, recostó la cabeza sobre el vidrio y vio hacia la aglomeración de personas por la acera.

Casi en seguida, el autobús se detuvo por un semáforo, tuve que sostenerme más fuerte que durante el recorrido. En ese preciso momento me sentí observado, de inmediato retiré la atención de lo que veía en el reflejo. Vi los puestos traseros, todos ocupados, hasta chocar con unos ojos viejos, se trataba de la misma anciana de antes de tomar el autobús, diagonal a la chica que yo veía, ella me observaba entre lo nada y muy poco disimulado. Su cabello blanco y piel muy arrugada. Vestía un traje color azul oscuro con estampado de flores color vainilla, le llegaba hasta el suelo y unos zapatos negros lo recibían; también usaba un sombrero beige con pequeñas plumas de igual color alojadas en ese. En su mano sostenía al parecer un trapo blanco, un pañuelo enrollado o algo similar. La conclusión de atención llegó, cuando al verme movió muy levemente lo que llevaba en las manos hacia mí, marcó intención de palabras en sus labios, pero corrió los ojos. Alejé la mirada esperando que al voltear ya no existiera

sobre mí. Miré mal y estuve atento alrededor, vigilé que alguien más lo notara.

El autobús llegó a la debida parada, el sonido del freno y el movimiento de ello indicó la apertura de las puertas. Afanado, fui uno de los primeros en bajar en cuanto la anciana me carcomió un poco el pensamiento, evidencí por segundos como me siguió con los ojos a través de los vidrios. El autobús se fue desocupando con el afán de muchas personas; por al frente me pasó la chica de la cachucha roja, le seguí los pasos por menos de tres segundos para de nuevo estar atento a la anciana, dudosa la actitud, atento a cualquier cosa que me pudiera pasar, atento a cualquier otro que la acompañara. Percibí varias miradas un poco molestas, yo estorbaba por la lentitud de mis pasos ya al estar en la calle; con el cuello un tanto girado hacia atrás veía a quien se me acercara directamente. Estuve forzado a ver adelante al casi tropezar por un altibajo en el andén, evitado, volví a ver el autobús en el que menos de quince personas quedaron, salvo en la ventana junto a la que iba la anciana, no estaba mujer alguna.

Dudé de que en verdad me hubiera fijado bien, pues no vi en ella intención de bajar allí, ni movimiento que la llevara a ello. Ojeé alrededor, no debería estar lejos. Miraba una y otra vez las puertas del autobús, a la vez esas se cerraron; al final la aglomeración de personas me hizo imposible tratar de encontrarla.

—¡Muévete! —una voz femenina entre la multitud me reclamó.

No había ningún sombrero color beige y/o vestido color azul diferenciable, asimismo, nadie igual dentro del bus que continuó. Avancé, varias las veces que moví los ojos a los lados sintiéndome perseguido, custodiado a raíz de la presión impuesta por esos ojos rodeados de marcadas arrugas. Vi atrás, confiado al no ver nada, sin embargo, no eliminé el fin de continuar atento a todo, me obligué, en cuestión de segundos, a agilizar los pasos.

Entre los primeros sitios de comercio, no demoré en encontrar el edificio para la entrevista; antes de entrar, aproveché uno de los grandes vidrios para verme, acomodé mi peinado y el abrigo, un

poco corrido por la alta cantidad de gente al bajar del autobús. Por último, vi la pantalla de mi teléfono, pendiente a alguna otra llamada.

Fue cuestión de presentarme en la recepción cinco minutos antes de la hora indicada, para que me hicieran seguir entre los pasillos, en su mayoría con personas vistiendo trajes formales; no era el único llamado, más de diez personas ya estaban.

El tiempo de espera fue suficiente, como para ver que personas citadas en horarios siguientes llegaban, y otras de horarios anteriores, hasta ahora eran llamadas a entrevistas grupales. Después de más de una hora fue mi turno para escuchar el mismo discurso de anteriores entrevistas, el horario, el salario mínimo, contrato a término indefinido y prestaciones de ley. Al final, la despedida formal dio paso a las palabras para quedar atento a si se comunicaban conmigo.

Transcurriendo el mediodía, sentí hambre; tenía algo de dinero para comer cualquier bocadillo antes de regresar a casa, o igualmente miraría la posibilidad de poder almorzar de una vez, la idea de llegar a cocinar a casa no me animaba de a mucho, aunque primero debería conocer los precios.

En un restaurante en la misma acera por la que había caminado desde el principio, encontré la posibilidad de almorzar. Caminé despacio para ver el menú tras fijarme en el costo, el adecuado, el dinero me alcanzaba, tenía el exacto para comer y regresar a casa.

Entré no con demasiada seguridad, consciente de lo relativamente temprano para almorzar. El restaurante con la mueblería roja, aproximadamente diez las mesas y una nevera llena de bebidas. Tenía apenas cuatro clientes, dos de ellos en una mesa y los otros dos separados, cada uno ocupaba la suya, ninguno almorzaba, bebían alguna gaseosa o jugo acompañado de empanada o buñuelo. Una anciana barría la parte del restaurante vacío, tenía el mismo color de cabello de aquella mujer del autobús, pero diferente su vestimenta, usaba jean y una blusa rosa cubierta con un delantal de igual color. El recuerdo de la mujer del autobús me de-

tuvo, se parecía bastante, de hecho, la ropa no era pretexto para no pensar en la misma, el parecido era tal que por un momento pensé en lo incomoda que sería la situación, pues con nada de disimulo de mi parte la había visto antes de bajar.

—Buenos días muchacho ¿qué te puedo ofrecer? —me preguntó la anciana, yo no respondí, ¿era?, ¿no era?, me lo preguntaba—, ¿qué te puedo ofrecer? —mi silencio duró—. ¿Estás bien? —no era ella por más que en ciertas facciones pareciera.

—Lo lamento —reaccioné—, almuerzo... —lo primero que pensé—, ¿ya hay almuerzos?

—Sí muchacho, sigue. Parece que has visto un espanto.

—Discúlpeme... pensaba en alguien —intenté ser amable.

—¿Te recordé a alguien? ¿A tu abuela? —bromeó—, entendería lo común.

—No, no es eso —sonreí un tanto, sin pensar que esa fuera su respuesta, solo aproveché para buscar lugar.

—Suelo verme más vieja de lo que soy —bromeó por segunda vez, era cortés. Esta vez únicamente sonreí.

Enseguida, vinieron las palabras para preguntar el menú y aquello de preferencia.

—Bien chico, ya en un minuto —fue cuestión de que terminara de tomar la orden, para que la señora pasara a la mesa de otros clientes recién llegados.

Ojeé el sitio, las paredes embaldosadas, frené al encontrar una hoja donde daban a conocer la necesidad de personal para el restaurante, la información en el mismo lugar. La señora regresaba de tomar órdenes, pasaría junto a mi mesa, pensándolo, no perdería nada por preguntar.

—Señora, disculpe —su disposición hizo que moviera el esfero hacia la pequeña agenda de pedidos—, quisiera saber sobre el letrero —con la mano no muy bien estirada, señalé la hoja—, me interesaría —ella se encargó de seguir la dirección de mi mano.

—Dame un momento— tras detenerse un corto momento, caminó hasta una pequeña división entre las mesas y la cocina para

dejar la agenda, regresó y antes de sentarse en la silla del frente, vio hacia la calle.

—Joliet —me dio la mano y sonrió, por mi parte aún prefería conservar distancia sin no ser cortés.

—Andrés —llevé la mano a la suya.

—Necesitamos dos personas, una para cuestiones de aseo y otra para atender las mesas en las horas más trajinadas, no pagamos el día, sino las horas, siete mil la hora exactamente; son entre cuatro y cinco horas todos los días; no pagamos nada de prestaciones de ley, ni hay ningún tipo de contrato. Aunque es necesario que traigas la hoja de vida, entenderás el por qué.

—Sí señora. De hecho... —hasta aquel momento sin haberme descolgado el morral de la espalda, aproveché para hacerlo; recordé que, por fortuna en la recién entrevista, no me había sido pedida la supuestamente necesaria hoja de vida—, aquí tengo una —saqué la carpeta.

Ella la tomó un tanto sonriente, su expresión era amable. Bajo el delantal sacó colgando de un hilo unas gafas, con una sola mano las abrió y se las puso. Leyó las primeras líneas, el nombre, los datos más básicos, me ojeó como si me comparara con el de la foto. Pasó la hoja, vio la experiencia laboral en blanco y, por último, los estudios, yo, un poco intimidado desconocía si hablar o no.

—Qué apellido tan curioso. Jäger —sin pronunciar la manera como siempre yo lo había dicho, la jota como una ye.

—Jäger —corregí—, es de mi bisabuelo. No era de aquí.

—¿Entonces?

—Alemán.

—Entiendo —una vez más releyó el nombre con la boca entreabierta, noté que por varias veces lo intentó pronunciar, a tal punto que por un tanto entrecerró los ojos—, bueno —separó la vista de la hoja—, dame un momento —con la misma suavidad y delicadeza con la que había hecho cada acción hasta ese entonces, se puso de pie para acercarse a la división entre la cocina y las mesas, donde ya reposaban tres almuerzos en su debida bandeja.

Una chica, a simple vista próxima a mi edad, salió de la cocina para ayudar a pasar y llevó el almuerzo a los llegados después de mí; mientras, la señora se encargó de regresar a la mesa con mi almuerzo y la carpeta.

—Gracias —recibí la bandeja, la señora de nuevo se sentó en el otro costado.

—Será rápido, siempre es así ¿Con quién vives?

—Con mi madre únicamente.

—¿Ella trabaja?

—Hace varios años para una familia en el hogar.

—¿Estás afiliado a salud?

—Sí, señora.

—No me digas señora —sonrió un poco—, entenderás que el contrato no será fijo, no prestaciones, no seguros, ninguna afiliación; por eso lo pregunto. Cuestión del pago por el número de horas y nada más. El pago sería diario, entre cuarenta y cincuenta te saldrían las horas; únicamente abrimos de lunes a viernes —de inmediato tuve que considerar la conveniente oferta, sin saber el horario, tendría la oportunidad de avanzar en temáticas para futuros estudios profesionales los fines de semana, sumado, las horas serían relativamente bien pagadas, ganaría menos si trabajaba ocho horas como auxiliar de oficina con el actual salario mínimo; pensé en el alto movimiento que debería haber en las horas de almuerzo, ya la cantidad de personas en la calle daba muestra de ello—. Tú me dirás si te interesaría con esas condiciones. ¡Ah! Lo olvidaba, el horario sería de diez a tres de lunes a jueves, los viernes de nueve a dos, y sí, lo más común son cinco horas, solo se hacen cuatro cuando todo se acaba muy rápido, es de vez en cuando... ¿entonces...?

—¿Entonces...? —estúpidamente repetí.

—Tienes la oportunidad. Me es difícil encontrar a alguien, la mayoría necesitan prestaciones; además comenzaríamos con días de prueba.

—... —sin haber tocado el almuerzo —sí señora, sí me interesaría señora...

—Joliet —me ayudó al olvidar su nombre —bien chico, serías el que se encarga de la atención de las mesas, la otra persona es para el aseo del piso, la cocina y los baños, y tú, eres muy joven para limpiar los problemas de los otros —bromeó. Sus palabras directas parecían encerrar todo—, además, nunca viene todos los días. No sé si...

—No señora Joliet, como mesero está bien, de lunes a viernes me parece bien —sin intención de retractarme.

—Espero no te canses, hay días en los que esto se llena bastante —solo pensé si el pago lo valía, al igual sentí comodidad en el lugar en lo poco, casi nada que llevaba.

—¿Cuándo...? —tuve en cuenta la hora, casi el mediodía.

—Ven mañana, diez de la mañana —la señora Joliet se dispuso a retirarse de la mesa—, me quedaré con esto —movió la hoja de vida—, y ahora dejaré que almuerces tranquilo, mañana espero recordarte... —entrecerró los ojos... con la intención de pronunciar mi nombre...

—Andrés —yo le añadí.

—Andrés —repetió—, olvido las cosas muy rápido.

—No se preocupe —dije cuando la señora Joliet con una leve sonrisa fue por la agenda y su esfero al entrar más gente; ella caminaba un tanto balanceada a la derecha.

Aceptando la momentánea oportunidad y valorando con mayor lentitud la oferta, era conveniente a nivel económico a diferencia de estar sometido a un salario mínimo, más posibles aumentos según criterios de desempeño. Vino el primer sorbo de sopa y poco a poco la asimilación de lo que había acabado de aceptar; en tanto los dichos días de prueba restaban un poco la responsabilidad y no limitaban otras posibilidades.

A poco de yo terminar el almuerzo, entró al restaurante un joven de similar edad a la mía, iba agitado y en su mano traía un bolso negro. Él usaba un jean, una camiseta roja y zapatos negros. Volteé a mirarlo; como si fuera su casa siguió a la cocina mientras la señora Joliet atendía una mesa, vio a aquel y sus gestos fueron

de desagrado y amargura. Ella notó que por segundos le brindé mi atención, me sonrió, yo sonreí y corrí la mirada, luego, ella entró a la cocina. Terminando, bebí el jugo en casi tres sorbos; volvería a casa.

Para pagar me acerqué a la caja, donde hice sonar una campana y de la cocina salió la señora Joliet con un tanto de expresión triste.

—Señora Joliet —entregué el dinero con la necesidad de cambio.

—Toma; entonces nos vemos mañana Mmm...

—Andrés —añadí.

—Andrés —con su amabilidad no dejó una sonrisa atrás.

—Que estés bien.

—Igualmente.

Fuera del restaurante vi su nombre y dirección exacta...

Delicias...

Los pasos vinieron después de pensar en el correcto punto para tomar el autobús, vi el reloj y había pasado más de una hora de haber salido de la entrevista. De repente, la vista se me distorsionó, sentí un ligero mareo así que meforcé a detenerme para refregar las manos entre sí, seguido por refregarme los ojos intentando aclarar la vista y parpadear varias veces seguidas. Para asegurar el paso de mi leve malestar, leí varias placas de las calles cercanas... recordé el nombre de una en especial, la Calle El Olvido... mamá trabajaba en esa.

Detenido, saqué la billetera del morral y encontré el pequeño papel que mi madre me había dado en caso de alguna emergencia, con la dirección y número telefónico de la casa; lo tomé a la par guardé la billetera, plegué el papel minuciosamente doblado, de menos de diez centímetros de alto y ancho, se trataba de una hoja de un pequeño blog de notas.

Calle El Olvido
Casa n°15-5720767

Más cerca de lo que pensaba, sería a menos de diez calles, nunca había ido; agrado por la momentánea oportunidad, quería contárselo a mi madre.

Con el papel en mano miré la otra acera intentando ubicarme con mayor precisión, ver si avanzaba o me devolvía, con una vaga idea de querer ir. Crucé la calle algo consciente del prudente camino, también buscaba el letrero del paradero de bus más próximo, sujeto a volver a casa o a ir donde mi madre, miraba tanto en el sentido oriente como occidente, norte y sur.

De repente a mi izquierda me sujetó alguien, una extremidad me cruzó entre el torso y el brazo; al ver, se trataba de la anciana que nunca vi bajar del autobús, su vestido azul, su sombrero color beige y su arrugado rostro lo ratificó.

—¿Podrías ayudarme a cruzar? —ella me preguntó cuando me había tomado del brazo. Me fijé, los dos estábamos en frente de una cebra, en frente del semáforo peatonal en rojo. Solo la acompañaban unas bolsas de compra en las manos.

—... no, señora — nervioso dije, cuando por poco sacudo el brazo y salgo a correr. Me aparté de ella al instante, la vi y vi alrededor, no había nada que significara peligro aparente—... —guardé silencio y no supe qué hacer. Le vi las manos, no llevaba cosa diferente a bolsas de compras, en cuanto cuatro personas que también esperaban para cruzar se percataron de la situación. —no habrá problema —acepté con notorio tartamudeo. La extraña anciana levantó la cabeza separándola de su no muy marcada joroba.

—Gracias. Es difícil a esta edad caminar y cargar esto a la vez —vi las bolsas y dudé del estado en el que se podía encontrar la salud mental de la anciana, esas del todo vacías, no había nada, únicamente cargaba el peso del sutil cartón trabajado. Enseguida, la luz verde peatonal se iluminó y ella introdujo el pie en la calzada vehicular; yo desconfiaba, no olvidaba la atención en el autobús... no ignoré que las bolsas fueran un pretexto.

—Señora, lo lamento, no podré ayudarla, tengo que irme —

tuve la intención de retractar el medio paso avanzado e ir lo más lejos sin que esa me siguiera, se me pasó por la cabeza subirme en cualquier autobús, asegurándome en el encierro y en el andar del vehículo... hice a un lado su brazo del mío—. ¡Ay! —sorpresivo, sentí un chuzón muy corto pero doloroso apenas el brazo de la anciana se alejó del mío; vi rápido la mano de ella y no encontré nada diferente a su piel arrugada y uñas largas no pintadas. Di vuelta para caminar muy rápido.

—Toma —sostuvo mi hombro izquierdo obligándome a girar, intenté cortar contacto empujando hacia atrás, pero incluso así, aquella y yo resultamos frente a frente—, sé que tus ojos son muy ágiles —refunfuñó cuando sus palabras me dejaron sin esas, su aparecía sin movimiento.

La alta concentración de personas no dejaba de cruzarnos junto, ni los vehículos a espaldas de ella y delante de mí. La mujer me tomó el antebrazo izquierdo, me perseguía, no pude reaccionar manoteándola o corriendo. No era ella, o, mejor dicho, sí lo era, pero no la misma; en lugar del vestido utilizaba una bata blanca sin mangas, llegaba hasta sus pies descalzos, el cabello color blanco, esponjado, ella, fría y sola. Ni en el suelo ni en sus manos existían las bolsas que llevaba, tan solo en la mano derecha tenía un tejido blanco con los bordes dorados envolviendo algo.

Yo, dejé de percibir movimiento en mi pecho, mientras la anciana avanzó hasta llegarme lo más cerca posible de frente, a menos de diez centímetros, únicamente sentí la manera forzada como tragué saliva. Ella llevó la mano derecha a mi izquierda para entregarme lo envuelto. No hice nada que contrarrestara, exclusivamente sentí su fría piel.

—Espera que se consuma.

Ni una palabra más ni una palabra menos. Ella siguió su camino al cruzarme por la derecha a la par giré el cuerpo con su paso, de mi parte sin siquiera poder mover los ojos. Entre la multitud nadie diferente reaccionaba, en lo mínimo la veían de reojo, era como si no existiera.

Yo inmóvil, simplemente mi mano sostenía el tejido, estupefacto, viendo a la anciana entre tanta gente que seguramente no la ignoraría por las condiciones de su apariencia.

La anciana se alejó hasta el punto de ser camuflada por completo, intentaba decir palabra... pero no pasaba nada, no había más que pánico dentro de la cabeza.

Suspiré una y otra vez, la buscaba mientras más se dispersaba. Incliné la cabeza al ángulo en el que veía claramente lo que sostenía en la mano izquierda, era algún objeto envuelto. En mis pies diferencié una cinta blanca de menos de veinte centímetros de longitud y más angosta que un centímetro. Antes de ver lo que había dentro del pañuelo, la cinta también la consideré como muestra de un recuerdo tangible del congelado momento. Me agaché lentamente para recogerla; esa con una textura suave, terminé por guardarla en uno de los bolsillos del abrigo.

Encorvado en el suelo mientras la gente continuaba caminando. Vi el momento como el oportuno para abrir el objeto. Lo abriría, retiraría la perspectiva impuesta por el tejido blanco, aquello era dorado.

—Disculpa —apareció una voz, eran las palabras de un chico; primero me le fijé en los zapatos en frente de donde yo estaba, se dirigía a mí. Incliné la cabeza hacia arriba, aquel traía maletas.

Lo miré de arriba a abajo sin ser consciente de la expresión de confusión en mi rostro. Mi estado atónito perduró, pues atrás, a su costado izquierdo existía la presencia de la anciana, ella me miraba frente a frente. Los nervios me alteraron.

—¡Aléjate! —me puse de pie y di un paso atrás decidido a apartarme de cualquier cosa extraña. Desprovisto, bajé de la acera a la calzada vehicular en casi igual momento en el que un auto pasaba por allí, mi sorpresiva aparición hizo que ese frenara, el caucho de las llantas en verdad sonó fuerte, a la vez que el pito por más de tres segundos. Caí en frente del auto al tropezar, el sonido del freno de manera repentina me lo obligó a ver.

Las luces encendidas del carro quedaron impactándome el rostro en cuanto gran parte de la gente vio el origen del bullicioso so-

nido. Nervioso, no dejé de ver el frente del auto, no sin antes ir detrás de la imagen de la anciana, en lo fugaz, nuevamente esfumada.

—¿Estás bien? —me preguntó el hombre que conducía el vehículo mientras bajó de ese. De mi parte no hubo respuesta.

Me fijé en el en parte responsable de hacer que eso ocurriera. El chico no se movió del lugar, con las maletas al lado, su cara pasmada, no dejaba de mirarme sorprendido. Rostros de otras personas también nerviosas, no retiraron sus ojos de sobre mí; seguido porque de reojo yo viera el tejido blanco rodeado por mi mano izquierda.

—¿Te sientes bien? —reformuló el hombre del automóvil, ya agachado a mi lado.

—Eh... sí... sí, creo —tartamudeé, a la vez apoyé las manos en el suelo. El hombre del automóvil me tomó del antebrazo izquierdo, permitiéndome ponerme de pie con mayor facilidad—, no se preocupe. Todo está bien.

La gente no dejaba de verme mientras que varias preguntas provinieron del hombre y de parte de otras personas que decidieron acercarse, voces graves y agudas que al final en mi oído se perdían, eran sonidos vacíos, ignorados. Varios autos también se detuvieron.

—¿Necesitas algo para sentirte mejor? —por último preguntó el hombre mientras que caminé para volver a la acera peatonal, yo, con la mirada y rostro decaídos.

—Una explicación —susurré para mí mismo.

—¿Dime?

—No se preocupe, estoy bien. Es mejor que vaya al lugar a donde iba —contrarresté todas sus preguntas; únicamente lo vi de reojo.

Volví a la acera y terminó el momento en el que parte de una gran calle prestó atención al accidente muy cerca de ocurrir. Todo atrás, yo cínico ante todo, ante algunas miradas que me siguieron sin que me importara por cuánto tiempo, continué caminando hacia el norte, necesitaba irme.

Vino el impulso de abrir la mano y eso entregado por la anciana

cayó entre los pies de la aglomeración, no me interesó lo que hubiera dentro, quería desfamiliarizarme por completo de ese maldito extraño suceso y olvidar el maldito rostro de la anciana. Incliné la cabeza hacia abajo, con nadie quería chocar mi mirada.

—¡Oye! Se te cayó esto —me dijo una chica mientras continué caminando, no le pondría atención, no quería volverlo a tener entre las manos.

Pero aquella puso su mano sobre mi hombro, por consiguiente, me detuvo.

—Disculpa. Esto, se te cayó —me lo pasó de nuevo a la mano derecha junto un pequeño papel doblado.

En el corto instante se me dispersó en la mente el rostro de la chica... fue reemplazado por el recuerdo de aquel de la anciana, aunque terminó.

—Gracias —sin ánimo de discutir lo recibí para muy seguramente botarlo más adelante y esa vez, caminaría más rápido.

—¿Te sientes bien? —me preguntó, no existía respuesta de mi parte, la veía sin siquiera parpadear, sin haber asimilado lo recién ocurrido.

—... son los nervios —me excusé—, gracias de nuevo —retomé el camino al norte, enseguida pensando en donde botar el objeto lo más pronto posible en cualquier parte de la calle, o directamente a cualquier caneca de basura.

—Espera —una vez más la voz de la chica me hizo girar—, ¿de dónde sacaste lo que acabé de recoger? El pañuelo, lo que envuelve.

... eso ya fue raro, de inmediato vi más allá de alrededor de ella, busqué a la anciana, a otras personas que estuvieran cerca; me sentí ya atrapado por lo que pasara, igualmente supuse que ella había visto a la anciana, que ella había visto la vestimenta de aquella y su momentáneo cambio.

—¿Por qué? —, no confiaba.

—También lo tuve.

Detenido frente a su mirada, de arriba a abajo. Ella vestía con un jean ajustado color negro, una chaqueta de jean y una blusa

roja. Sus ojos fueron los que también me llamaron gran parte la atención, color gris, la piel clara, cabello negro y unos centímetros más alta que yo. Sus palabras sonaron convincentes.

—Perdón —interrumpió la voz de un tercero entre la gente que cruzaba cerca, fue la voz de un chico. Yo, no dispuesto al encierro di la espalda.

—Tengo que irme—, me escabullí entre las demás personas lo más rápido posible, al mismo tiempo abrí la mano para que eso regresara al piso, yo, para nada atento a cualquier llamado. Muy rápido caminé, sin siquiera saber el punto exacto a donde me llevarían los pasos. Para distraerme a mí mismo, fue necesario sacar mi billetera, con ello evidencí la manera como las manos me temblaban y a su vez lo pálidas que se llegaban a ver. Me fijé atrás para vigilar; en ese entonces, a más de veinte metros, los dos muchachos hablaban detenidos en el punto donde no seguí sus palabras. Volví a concentrarme en la billetera, rebuscaba, no tranquilo, la tarjeta del transporte, también atento a encontrar el paradero más próximo. Entre papeles, uno que ignoré desde que vi a la anciana, que también tiré y recuperé por la chica, estaba el pequeño doblado con la dirección donde trabajaba mi madre, muy nervioso pensé en ir, incluso con mayor seguridad que antes. La esperaría y seguramente los dos regresaríamos a casa.

Desconocía si aún era consciente de lo que hacía, no sabía si había pasado más cosas, tal vez ciertos hechos fueron alucinaciones y todo fue producto de alguna sustancia suministrada. Pero revisé el poco dinero y lo tenía, el teléfono, lo tenía. Al final solo me fijaba en que nadie me observara e irónicamente ello atraía miradas, miradas que ignoré.

Tomé el teléfono entre las manos, busqué el número de mi madre para hablarle, sin dejar de caminar por segundo alguno.

—Hola Andrés.

—Hola mamá ¿no hay problema si voy ahora a tu trabajo? — casi pisoteándole las palabras.

—¿Pasa algo?

—No, o bueno, sí —me contradije—, casi pasa.
—¿Cómo así?!
—¿Puedo ir? —sin pensar dar explicaciones.
—¿Estás bien?
—Sí.
—¿Sabes cómo...?
—Llegaré en unos minutos —respondí, corté y miré alrededor.

Tras caminar más de cinco calles, impulsado a encontrar seguridad, giré a la izquierda en búsqueda de la dirección exacta. Hasta ese entonces en ningún momento me descuidé de cualquier persona que pareciera seguirme. Las calles mayormente libres de aglomeración y con menor número de carros circulando, la mayoría parqueados fuera o dentro de las rejas que dividían los jardines del resto de la calle. Las fachadas de las casas empezaron a ser más trabajadas, salvo una que otra rompía el esquema.

Cuando por fin estaba cerca, lo verifiqué en una placa pegada en una de las esquinas, yo estaba exactamente a una calle, sin que nadie transitara por esa diferente a mí. Pero al ver atrás, dejé de ser el único, la muchacha que me había detenido para volver a posicionar el objeto sobre mi mano apareció doblando la esquina con la cabeza agachada, ella movía algo entre las manos. Yo, para ese entonces, cruzaba junto a un pequeño pedregal en la base de un árbol, de donde tomé tres piedras, dos las guardé en el bolsillo y la otra la conservé entre las manos, de tal manera que ejercer presión fue necesario para sentir seguridad. Agilicé los pasos y resulté en la Calle El Olvido, de inmediato vi a mi madre frente a las rejas de una casa, ella miraba hacia las dos esquinas y tan pronto me vio, no me quitó los ojos de encima.

—Hola ¿qué pasó? ¿estás bien? —angustiada.

—Sí. Creo que me siguen —dije y vi atrás.

—Entra, no hay nadie —crucé la reja y sin esperarla estuve en la sala de la casa, sentado en uno de los muebles. Mi madre se encargó de echar seguros y también estar dentro.

—¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sé exactamente, creo que me echaron algo... creo que aluciné —no podía superar lo real que sentía el hecho, lo observable.

—Debemos ir a un médico.

—No, no es necesario —no quería engrandecer la situación—, ¿tienes agua?

—Sí —mi madre caminó a la cocina.

Refregué las manos ya con mayor calma, pasaba saliva e intentaba olvidar lo ocurrido. Mientras, escuché como el agua se vertía en el vaso, la reja de la casa sonó y después vino el abrir y cerrar de esa.

—Ven Andrés, quédate en la cocina —mi madre se asomó desde el interior de esa a la sala.

—¿Quién es?

—Debe ser la señorita Jeimy. No hay problema, pero ven, mejor siéntate aquí —movió una silla alta en la cocina.

Fui a esperar allí mientras bebí el agua y mi madre se dirigió a la puerta para quitar el seguro.

—Hola señorita Jeimy, noté que salió muy afanada ¿todo bien?

—Sí señora Rosa... —recordé la voz... ella me devolvió el objeto... — todo está bien— la puerta se cerró—. Aunque mi madre... ¿hace cuánto lo conoce señora Rosa?

—... exactamente no recuerdo —la voz de mi madre portó duda.

—¿Tiene algún momento de referente? ¿qué pasó? ¿Qué pasaba por su vida señora Rosa? —sí, era la voz de aquella chica.

—... hace más de cinco años... —mi madre hablaba despacio, ella pensaba—, ... fue después del accidente de Cristofer que yo trabajo aquí, hace diez años —al final fue concreta—, ¿por qué la pregunta? ¿Qué pasa con el señor Charlie? —para el momento yo había bajado de la silla y caminando despacio me fui aproximando a la salida de la cocina en pro de volver a la sala.

Un paso de mi parte hizo que aquella, Jeimy, me viera de frente,

de arriba a abajo, mi madre también lo hizo, fue claro que yo la reconocí y ella a mí; mi madre fue testigo de la rareza.

—Es mi hijo señorita Jeimy, usted lo había visto, en la foto — pasiva fue su voz.

—Algo pasó entre el accidente de su esposo y mi papá —ella ignoró las palabras de mi madre y vinieron estas—, pero no entiendo el cómo esto se involucra —de uno de los bolsillos de la chaqueta de jean, sacó algo dorado, cargó un pequeño fragmento con forma para nada regular, del tamaño de una roca mediana, el trozo no era opaco desde ninguna perspectiva. Adicionalmente, el silencio provino.

De fuera de las paredes vinieron gritos y golpes a algo, la atención se dispersó un poco y mi madre a simple vista distraída, o, mejor dicho, confundida, caminó para correr un poco la cortina y ver.

—Alguien golpea la puerta de la casa de enfrente —dijo viendo a la muchacha, viendo a esa llamada Jeimy, regresó y se sentó en uno de los muebles—, ¿podría explicarse mejor señorita Jeimy? —pidió mi madre.

—Iré a ver, ya regreso —dijo ella a la vez posicionó el objeto sobre una pequeña mesa junto a la puerta, abrió y salió, entre ello mi madre y yo nos vimos fijamente a los ojos, ninguno entendía el por qué ella dijo lo que dijo.

—¡Espera! —reaccioné de golpe, cogí el objeto y le fui detrás; por accidente pateé la mesa en donde estaba un florero que cayó y en pedazos terminó.

—¡Andrés! —fue la palabra de mi madre cuando salí y me retracté un poco con la mirada.

—Lo lamento —aun así no me detuve.

Ella, Jeimy, terminaba de abrir la puerta de la reja para cruzar. En la otra acera, en una casa sin reja que delimitara su jardín, una chica vestida con un uniforme azul golpeaba la puerta a la par gritaba, tan fuertes y veloces las palabras, que entre esas se camuflaban; atrás de ella estaba un chico con una camiseta roja, aquel no hacía nada distinto a permanecer de pie.

—¿Por qué dices eso? —exigí respuesta a esa chica, a la llamada Jeimy, sin perder sus pasos en cuanto el tono de voz lo elevé.

—Dame un momento.

La tomaría de un brazo justo cruzando el centro de la calle, pero algo sentí en la cabeza, un brusco, fuerte e insoportable vaivén; culpé al estrés y a la confusión... la vista se me dispersó. No pude continuar caminando porque perdía el equilibrio, dejé caer eso dorado apenas me llevé las manos a la cabeza, yo quedé estancado. Sorpresivamente se escuchó un motor y se aproximó una luz, la cual me chocó muy fuerte, aquello se trataba de un vehículo que nunca vi. Se oyó el despedazar de vidrios; me arrojó.

—¡Andrés! —escuché el grito de mi madre, únicamente de reojo descubrí cómo fue ella testigo de lo ocurrido cuando se disponía a cruzar la puerta de la reja.

Enseguida la parte posterior de mi cabeza impactó contra el suelo, todo quedó en blanco, en negro... no era yo.